

# CONCURSO SEMANAL DE CRÓNICAS DE UN VIRUS SIN CORONA



Liliana Imelda Gómez Vega  
Juana Cecilia Hernández González  
Beatriz Montserrat Gómez Martínez

Delázkar Rizo

**UACM**  
Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México  
*Nada humano me es ajeno*

**Cultura**  
UACM

**PUBLICACIONES**

Sexta semana  
del sábado 25 al viernes 1 de mayo de 2020  
Resultados

Convocados por el área de Publicaciones y la Coordinación Difusión Cultural y Extensión Universitaria, de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, como jurados para la sexta semana del «Concurso Semanal Crónica de un virus sin corona», los escritores **ENZIA VERDUCHI** y **LUIS AGUILAR**, y el artista plástico e historiador **CARLOS MACIEL**, luego de dialogar por medios electrónicos, destacaron que los textos se apegan a la exigencia de la escritura de crónica, que requiere proximidad y cotidianeidad, aspectos que en este caso se ven abonados con una profunda reflexión sobre la otredad.

Los miembros acordaron por unanimidad reconocer con el primer lugar a la crónica:

«Con algo más que un brazo roto»,  
de Liliana Imelda Gómez Vega

La autora mira desde sus privilegios la pequeña desdicha de la que ha sido sujeta, pero nunca deja de mirar al otro, provocando en el lector una inquietud moviediza respecto de la necesidad de solidaridad en tiempos de crisis.

El jurado decidió otorgar el segundo lugar al trabajo: «La vulnerabilidad y la expectativa», de Juana Cecilia Hernández González

Y el tercer lugar para: «Crónica de un encierro sin límite de tiempo», de Beatriz Montserrat Gómez Martínez.

Además, por mayoría, recomienda la publicación del texto acreedor de mención honorífica:

«El martillo de Heidegger», de Delázkar Rizo, pues aunque se aparta de la exigencia de la crónica y se acerca más a la estructura y características de un cuento, su valor literario lo hace merecedor de tal distinción.

Discutido y acordado por medios electrónicos, el Jurado firma con sus nombres la presente acta:

**ENZIA VERDUCHI      CARLOS MACIEL      LUIS AGUILAR**

# Crónicas de un virus sin corona

Liliana Imelda Gómez Vega

Juana Cecilia Hernández González

Beatriz Montserrat Gómez Martínez

Delázkar Rizo

Ganadores de la sexta semana  
del 25 de abril al 1 de mayo de 2020

**UACM**  
Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México  
*Nada humano me es ajeno*

**Cultura**  
UACM

  
PUBLICACIONES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

ENCARGADA DEL DESPACHO DE LA SECRETARÍA GENERAL

Aída Patricia Arenas Chiang

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Marissa Reyes Godínez

RESPONSABLE DE PUBLICACIONES

José Ángel Leyva

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

DIFUSIÓN CULTURAL Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Dr. García Diego, 168,

col. Doctores, Alcaldía Cuauhtémoc,

06720, Ciudad de México

Primer lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Sexta semana

## Con algo más que un brazo roto

Liliana Imelda Gómez Vega

5:00 am en punto, mi reloj interno siempre puntual, no quiero abrir los ojos, sé que si lo hago no volveré a conciliar el sueño y pasare las siguientes dos horas dando vueltas en la cama intentando hacer el menor ruido posible para no perturbar el descanso de los demás, como siempre, resulta inútil, esa manía que mi cuerpo tiene de comenzar a trabajar temprano.

Lentamente descubro mi cuerpo cubierto con las tibias sabanas, me levanto y mis pies tocan el frío suelo ¿puse el pie izquierdo primero? Estúpidas supersticiones mías, auguran que hoy no será un día bueno. Qué más da, hace días que no son buenos, encerrada en esta casa, paseando del

cuarto a la sala, de la sala a la cocina, buscando algo que hacer sin encontrarlo, estoy harta no puedo más con esto.

Bajo a la cocina, abro el refrigerador, leche, restos de pastel, no hay nada que me abra el apetito, miro la hora en el reloj de la cafetera ¡5:15! El tiempo pasa lentamente en esta cuarentena, enciendo el televisor, solo hay noticias de la pandemia, maldita y estúpida pandemia, arruino mis planes, mi viaje, mi vida. Subo de nuevo las escaleras, vuelvo a mi habitación a rodar sobre la cama.

9:30, ¡el desayuno está listo! grita mi madre desde el desayunoador, panqueques de avena, jugo, café, fruta picada, mi hermano con el teléfono móvil en la mano, mi madre con la tableta mirando el resumen de la mañanera, discutimos sobre nuestras nuevas teorías conspirativas.

De nuevo en mi cuarto, aprovecho para organizar mi closet, separo mi ropa, lo que ya no uso, lo que esta fuera de moda, demasiado viejo, ya no me queda, terminando el encierro tendré que ir de compras, necesito algo nuevo que ponerme, zapatos y tal vez una bolsa nueva, tomo un trapo y lo humedezco un poco, quito el polvo acumulado sobre

mi escritorio y mi mesa de noche, ordeno mis libros y mis pensamientos.

Elisa mi hermosa gatita entra a mi habitación, reclama atención y su comida, comienza a maullar y araña mis pies, insiste en que baje del banco, con un movimiento tiro al suelo una de las cajas que están arriba del estante, la gata se asusta, pega un brinco y clava sus garras en mi pierna, su reacción me hizo caer del banco y he caído sobre mi brazo derecho, me duele mucho, creo que algo se me ha roto.

Mama sube apurada, el ruido la ha alertado, me encuentra sobre el piso, ¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado?, me ayuda a levantarme, su expresión lo dice todo, le grita a mi hermano, Lily se ha caído, saca el carro nos vamos a emergencias. Lagrimas ruedan por mis mejillas, mamá me consuela. Camino al hospital trato de distraer mi mente del dolor mirando por la ventana, el auto hace alto en un semáforo, un campesino se acerca, le ofrece fruta, bolsas de yute y algunos dulces de leche a mi hermano, no gracias él le contesta, por favor patrón, no he vendido nada y ya es medio día, tengo prisa, será la próxima, avance dice la luz verde.

Hemos llegado a urgencias, mi madre baja del auto y mi hermano me abre la puerta, me ayuda a colocarme el cubre bocas, mi madre con su spray antibacterial, comienza a rociar mi cuerpo y el de ella. Mientras mi hermano busca lugar en donde estacionarse, nosotras caminamos sobre la banqueta, apuradas, guardando la sana distancia, entramos a la sala, la enfermera me toma del brazo, quiere tomar mi temperatura, grito porque me ha lastimado, mi madre le aclara, solo se le ha roto el brazo no comience con su probable coronavirus, llame al doctor Leyva.

Son casi las seis de la tarde, salimos del hospital, con un brazo enyesado y ya pasado el susto. Tengo hambre, mi hermano me ha comprado unas galletas, subimos al carro. Camino a casa volvemos a hacer alto en el mismo semáforo del medio día, miro por la ventana mientras muerdo una galleta, de nuevo el campesino, las mismas bolsas de fruta, las mismas bolsas de yute, los mismos dulces, no ha vendido nada, su rostro refleja cansancio, hambre, sus labios están reseco.



Ocho de la noche, ya estoy en casa, subo a mi cuarto, me baño, me pongo el pijama, mi madre me sube la cena, me acerca un libro, mi computadora, acomoda mis almohadas, asegurándose que me sienta cómoda. De nuevo encerrada, pero ahora con más que un brazo roto. Durante todos estos días me he quejado y maldecido a la cuarenta que arruino mis vacaciones a la playa, mis entrenamientos en el gimnasio, mis salidas del viernes por la noche.

¿Y el hombre del semáforo? ¿Ya estará en su casa? Sin haber vendido nada, sin comer, sin beber agua, ¿Qué hará mañana? Si no vuelve a vender su fruta, sus bolsos, sus dulces, esta pandemia nos afecta a todos, pero no de igual manera, yo vivo sin apuros, tengo hasta de más en casa.

Esta mañana mi problema era que comería, de que ropa me desharía y que nueva compraría, esta mañana como todas, el desayuno estaba sobre la mesa y yo pensaba a qué lugar viajaría pasando la pandemia, pero las mañanas no son iguales para todos, mientras despreciaba un vaso de leche y una rebanada de pastel, el hombre del semáforo quizá aco-

modaba su mercancía en el morral, se persignaba buscando ayuda divina, salía de casa con la esperanza de regresar con algo para su familia, esta noche estoy en casa con la cena en la cama y, ¿Aquel hombre ya comería?.

Segundo lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Sexta semana.

## La vulnerabilidad y la expectativa ante el covid-19: futuro con fecha pendiente

Juana Cecilia Hernández González

*Estas líneas tristemente recuerdan al compañero Rodolfo Huvy Crúz Juárez, estudiante de la Licenciatura de Comunicación y Cultura de la UACM. Que perdió la batalla ante el COVID-19 el 27 de abril. En su memoria, respetemos la oportunidad de estar bien y en esa oportunidad hallemos la vía para mejorar.*

No podía escribir, no por flojera ni falta de interés; nada de eso, simplemente no era la ocasión. Ahora me encuentro justo delante de mi realidad, la misma que la mayoría del mundo enfrenta y que en su momento fue difícil de asumir.

Quiero describir el sentimiento de fragilidad que toca a la puerta de millones de personas que no habían enfrentado el encierro, ni la incertidumbre de lo inédito ¡qué situación! Jamás nadie imaginó un confinamiento de tal magnitud, las calles desiertas, reuniones, cines, centros comerciales, cafés; todo sin gente. No más abrazos: la distancia social se volvió necesaria. Sin duda, la crisis sanitaria nos sacude, nos rebasa, va más allá de amenazar nuestra salud, también lastima la mente, llega el miedo, la soledad, el desprecio, la frustración y el hambre de miles que necesitan ir afuera por posibilidades de subsistencia a pesar del «quédate en casa».

Nuestro presente se transcribe ante la enfermedad llamada COVID-19, no es un chiste o invento, es una realidad, está en nuestro día; es la razón por la que no podemos salir, andar o visitar. Llegó con fuerza en un 2020 debilitado por la catástrofe, corría enero y Australia sufría con incendios que aniquilaban sus bosques. Bastaba con oír la radio o prender la tele para darse cuenta del contexto, un año que prometía mucho y en gran medida será inolvidable. En México la vida avanzaba, el crimen, inseguridad y feminicidios estaban a la

orden; 8 de marzo día de la mujer y un 9 de marzo con paro nacional. Las voces de protesta sacudían un país indignado por el maltrato, así quizá comenzó un capítulo de encierro que no estaba en la agenda.

El COVID-19 representa obstáculos para el tejido social que se ve seriamente afectada en sus contextos, cuyo común denominador en la mayoría de ellos es la vulnerabilidad de sus poblaciones que se enfrentan a las desigualdades en escenarios de aislamiento, desempleo, desabasto, inseguridad, desaceleración económica e inequidades socioambientales. La sociedad debe actuar, no para bajar la curva; para eliminarla.

Los días se escurren y a veces parecen interminables; la situación no mejora. Hay más enfermos, hospitales llenos, mayor riesgo, esperar parece una palabra recurrente, siniestra en algún modo cuando el hambre no espera, el casero tampoco, las medicinas, el agua, el pago a Elektra y un largo etc. Es cierto, quedarse en casa es lo que toca, es lo de hoy; pero que significa realmente para los más desafortunados cuando es un beneficio que no todos pueden costear.

Mi vecina de la cuadra grita casi siempre a la misma hora, a eso de las 12 de la tarde cuando el calor se une con la insatisfacción de vivir en el caos, su voz es la misma de tantos, pide que acabe, no soporta el encierro, hasta el punto de salir, cruzando la línea de seguridad, faltando el respeto a la sana distancia.

Es abril y como en los últimos días, a lo lejos se escucha el altavoz de la avioneta municipal con el mismo anuncio ¡no salgas de casa, cuida tu salud! Una invitación que por lo menos en mi comunidad no todos respetan. El desayuno, la comida y la cena igual, llenos de noticias ¿qué más hacer en el hastío de todos los días que parecen pesadilla? Porque debo insistir, no todos estamos en igualdad de circunstancias, lo que nos homogeniza es el peligro de contagio con condiciones distintas para enfrentar la crisis sanitaria. Con esto, es observable que la humanidad, el gobierno y el país no estaban listos para tal desafío. Así comenzó la fase 3 de la pandemia.

Lo habitual se volvió sorprendente, los abrazos, besos, apretones de manos, el afecto demostrado y la cercanía con

el otro se han puesto en pausa. Los ríos de gente se reducían a unos cuantos; los estudiantes desde casa y el trabajo suspendido para las personas en riesgo o con empleos no esenciales. Es verdad, la vida sigue la cuestión es adaptarse; pero aún es temprano para ese logro, la conciencia aún no despierta, la ignorancia también se esparce y contagia; algunos siguen incrédulos ante el COVID-19. Se piensa que estar en casa no es solución «preferible vivir y morir donde me toque, eso no existe es cosa del gobierno que trata de someternos, algún plan debe tener» dice doña Eva, una mujer próxima a los 70 años, pensionada y cuya ocupación actual es vender tamales todas las mañanas a lado de una base de combis y por las tardes atender su puesto de dulces con sus nietas que «aprovechan» la contingencia. Se le ve salir sin miedo, sin apuro y sin seguir el protocolo sanitario.

Sin embargo, la forma de existir cambió, ya no más rostros expuestos, es momento de cubrir bocas, no con silencio, clausura o represión; sino por responsabilidad, seguridad, por protección. Hoy el silencio hace ruido, significa cuidado, compromiso. Es un hecho, la contingencia sanita-

ria cruzó fronteras, no le importó el idioma, clase o muro, colapsó a los países, significó poco la riqueza de Estados Unidos o la desdicha de Ecuador, más valdría pronto exiliar al COVID-19.

Las consecuencias sociales son visibles en un contexto que busca ventaja: los precios suben, el dinero escasea, sobre todo para los que viven al día y la posibilidad de caer enfermo agudiza la problemática ¿qué más falta? acaso es el fin de los tiempos como dice el abuelo, un pensamiento común en gente de su edad. Ahora parece que todo colapsa, 25 de abril cerraron varios locales de la colonia, entre el descontento de los dueños que se impusieron ante la clausura. No es indispensable una cerrajería, un hospital de celulares, un local de ropa, ese fue el tema para cerrar su sustento de vida ¿pero cómo ganar cuando se siente que se está perdiendo? Porque sin trabajo no se puede subsistir y sin salud nada se hace.

Está ocurriendo lo que nunca, es un punto y aparte, un recuerdo doloroso, porque algún día eso será, una tragedia superada, no hay más. Falta tanto, pero la realidad no



supera la esperanza y el cansancio no ha vencido a la fe. El miedo es hostil, apabullante, cómo no tener miedo ante un panorama cómo este. Seamos sinceros la piel se eriza de solo pensar en morir en un hospital asilados del te quiero, sin fuerza y sin aliento, o peor sin atención médica. Aún sin creer en el virus como muchos, tengamos precaución, cuidémonos todos, nuestro hogar y a los cercanos. No dejemos que nuestros niños, jóvenes, estudiantes, amigos, adultos mayores, doctores y aquellos que salen a trabajar, se unan a la estadística, ni uno más.

Quedarse en casa es un reto, pero en un mundo tan globalizado las TICS son una gran ventaja para no romper con la cercanía, se recurre a ellas para tener contacto con el exterior por medio de llamadas, mensajes y videoconferencias dentro de un escenario ensombrecido por la enfermedad. En el aislamiento la desesperación avanza; al momento de esta redacción llegó lo que llamaría mensaje fatídico, aviso desalentador que informa que México suma hoy 30 de abril, en un diferente día del año, 19,224 casos confirmados de coronavirus y lamentablemente contabiliza 1,859 muertes.

La tragedia es inminente, la esperanza sigue siendo bajar la estadística.

Nada es seguro en estos tiempos, el mañana está amenazado por este virus invisible que logró confinar a millones de personas, no a una ciudad o a un pueblo, no a un país; al mundo entero. El futuro queda con fecha pendiente, nada es certero y ningún plan tiene garantía. Estamos en guerra y nuestro adversario lleva ventaja; por lo tanto, lávate las manos, quédate en casa y la sana distancia tienen sentido ante una perspectiva que involucra la muerte. Un día más en encierro parece una condición para seguir con salud, en el juego cruel donde el COVID-19 representa al gato esperando el mínimo contacto para capturar a su presa.

Contra la pared nos tiene; confinados, creyendo que lo mejor que pudimos hacer, lo debimos hacer antes, pero sigue siendo cierta esa frase «no dejes para mañana, lo que puedes hacer hoy». Que bobería habernos creído invulnerables, esto es un golpe a la humanidad que traspasa fronteras, nos regresa a la solidaridad, pues la distancia social ya existía por razones diferenciales. A pesar de todo, esta en-

fermedad da la oportunidad de replantear cosas y comenzar de nuevo.

Queda ser implacables ante el estrés, con la convicción de salir pronto e invictos. Ya es tarde y hay demasiadas historias por contar, cantidad de emociones que describir que no podría externar en estas cortas líneas. Así que terminaré con lo propio, con el testimonio de lo que ha sido un día sin gente, un día eterno, donde todos temen por su vida y suerte, estamos entre la ansiedad y el desastre; me repito una y otra vez que esto pasará pronto, planeo aún en el aire. Especulo sobre un futuro diferente e incierto, al menos con lo proyectado, un examen de titulación, un trabajo pendiente, qué más da ante la emergencia. Las metas, desafíos y proyectos quedan en segundo plano; y si bien resulta difícil ignorar pensamientos destructivos y negativos, no queda más que seguir.

Por eso, es preciso en épocas como esta, rescatar nuestra humanidad, reflexionar que somos para pretender el ideal de una sociedad más justa con la solidaridad, equidad y respeto como precedentes para la base de un mundo mejor,

que hoy se transforma e intenta superar la pandemia. Porque en la enfermedad está el síntoma, pero también la recuperación y es ahí donde debemos redimirnos, llevar más lejos nuestra unión, hasta el punto de hacerse rutina. Pensar que quisimos cambiar al mundo, y el mundo nos transforma: mejorar es posible.

Tercer lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Sexta semana.

## Crónica de un encierro sin límite de tiempo

Beatriz Montserrat Gómez Martínez

Quizás como muchos ya había escuchado del virus desde sus inicios en diciembre del año pasado, pero por más que la globalización sea un fenómeno bien asumido en la vinculación que tenemos todos con todos, para bien o para mal, no fue sino hasta que la casualidad me hizo conocer a la esposa de un académico quien, una semana antes de que China anunciara al mundo sobre el brote viral y prohibiera la salida o entrada de vuelos internacionales, había asistido a un congreso en Wuhan. En ese momento la amenaza se volvió más real y cercana.

La sensación no duró. Llegó Navidad, Año Nuevo y el retorno a las cuestiones laborales captaron mi atención, úni-

camente porque estudio los temas automotrices, y la industria estaba empezando a sentir los estragos de la cuarentena impuesta ya no solo en China, sino en otros países vecinos, fuera de esto, el tema se tornó lejano a un nivel personal.

Así transcurrieron enero y febrero. A inicios de marzo el epicentro del virus se movió a Italia y se esparció exponencialmente el contagio. Las luces de alarma se encendieron en Europa y el mundo.

Familiares cercanos viajarían a Inglaterra en un par de meses, como la concentración era en Italia, comentábamos entusiasmados los pormenores de su próximo viaje. En el trabajo todo marzo ya estaba agendado, la vida seguía transcurriendo con «normalidad».

En ningún año que recuerde, tengo presente la gran respuesta y polémica del mes de la mujer. El país se concentraba en esta discusión. El paro que hicimos algunas mujeres el 9 de marzo, fue sin querer, a unas semanas de la declaratoria de pandemia, una probada del encierro voluntario que algunos pudimos tomar por la flexibilidad de los trabajos.

Eran mediados de marzo, mi cumpleaños se acercaba y entonces, un par de días antes, la OMS declara la pandemia tras la propagación de casos en España, Alemania, Francia, Inglaterra y Estados Unidos. A partir de aquí ya nada fue igual. Ni creo que lo vuelva a ser. La mayoría de los eventos masivos se suspendieron, comenzaron a decir que no salieras.

Me invitó al cine un día antes para festejar. Entramos a la plaza y noté que, para ser un miércoles por la noche, el estacionamiento estaba sumamente vacío. Sin embargo, al estar seleccionando los boletos para la función, advertimos que la sala estaba prácticamente llena. Una alarma interna nos hizo no entrar y regresar a casa.

El día de mi cumpleaños fue la última reunión presencial del trabajo, precisamente para planear como funcionaríamos desde casa. En la noche me invitó a cenar a un lugar al que solo habíamos ido una vez, pero nos gustó mucho, su ventaja es estar muy escondido, así que éramos los únicos comensales. Fue la última comida fuera de casa.

Esa misma tarde había visitado a mis padres y mi pequeña ahijada. Ahora solo nos vemos por video llamada, de las cuales no soy muy fan y prefiero llamarles o mensajear. Mis otros sobrinitos son mis vecinos. La semana que siguió a mi cumpleaños nos vimos, de lejos, no pude besarlos ni abrazarlos, temí poder contagiarlos, porque no sabemos si lo tenemos o no, y sí se manifestará.

Como regalo de cumpleaños ampliamos mi pequeña jardinera a una mayor. El jardinero dijo que el coronavirus es un invento del gobierno, que no nos preocupemos, ¿cuántos piensan como él?

La segunda semana de trabajo en casa se hizo el anuncio de los primeros casos en México. Fuimos a surtir garrafones, casi lloré en la entrada de la tienda. La gente tocaba todo, tosía, soy la única con cubre bocas —no quiero volver a salir— pensé. En esos días debo entregar unos papeles en el trabajo. Los dejo en caseta de vigilancia y salgo de ahí como dicen «como alma que lleva el diablo», —gel, gel y más gel—.

En la tercera semana descubrimos la entrega de despensa a domicilio. Ya no salimos al ejercicio, cerraron también, ni



a ver a mis padres, suegros ni amigos. Tenemos que ir por comida, el súper no llega en la fecha que dijeron y ya casi no hay comida. El miedo se vuelve precaución, usamos guantes desechables y cubre bocas, nadie más en la tienda los usa, nos ven como locos.

Los días se pasan entre el trabajo, pausas para las comidas e intentar hacer una rutina de ejercicio en casa. Sí, somos privilegiados, ahora más que nunca lo apreciamos. Arreglo las plantas, leo, jugamos ajedrez, escuchamos podcasts y vemos series o películas. Incluso podemos levantarnos más tarde porque él no tiene que lidiar con el tráfico hacia la zona industrial.

Y sin darnos cuenta, comenzamos a adaptarnos. ¿Pero qué va a suceder a la larga? Con nuestro pequeño negocio, con nuestras empleadas y nuestros empleos. Ideamos nuevas estrategias. Hay que aguantar. El vuelve a dibujar mientras tanto, y se ve más relajado por tener espacio de hacerlo.

Perdí la noción del tiempo, es abril. Pasaron Semana Santa y Pascua. Cuando estábamos en el trabajo, eran las dos de descanso, esta vez, jueves y domingo santos, el sábado tuvi-

mos que reunirnos virtualmente, no me quejo, aún tengo un empleo.

Cerramos el domingo de resurrección con la noticia de la muerte de Luis Auté, escuchamos con tristeza y repetidas veces la Saeta ...*No puedo cantar ni quiero, a ese Jesús del madero, sino al que anduvo en la mar...*

Como investigadora social, no creo en cambios mágicos, mucha gente comparte la idea de que, tras la pandemia, vendrá una transformación del sistema, que seremos mejores seres humanos. Perdón, pero lo único que se percibe diariamente, es la desigualdad que la presencia del virus acrecienta. La de género, la precariedad laboral, la marcada burguesía, todo sigue igual, en pocos meses, cuando pase todo, quizás, y tristemente, lo olvidaremos.

Otros a estas fechas aun dicen que todo es una exageración y que, además, el virus ya tiene cura. Hay quien se aburre, otros no encuentran momento libre, cada quien hace lo que puede, con sus circunstancias, no hay más, ante lo desconocido.

Seguiremos informando.

Mención honorífica en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Sexta semana.

## El martillo de Heidegger

Delázkar Rizo

Regresábamos yo y mi novia de concluir un trabajo de 4 meses en la frontera sur cuando declararon emergencia sanitaria por el COVID-19. Lo que más deseábamos era llegar a nuestra casa en San Cristóbal y dormir. No tuvimos reparo de quedarnos en cuarentena. De hecho, yo acababa de comprar un martillo para arreglar la puerta principal de la casa y pensaba que era un buen momento para hacer algunas reparaciones caseras, esas que de alguna u otra manera siempre calendarizaba pero nunca hacía.

En el primer día nos burlamos de lo que decían en las noticias locales: que nos laváramos las manos por un minuto, que usáramos tapa bocas en todo momento, que tuviéramos cuidado con los murciélagos. Lucrecia, mi pareja,

imitó perfecto a un murciélago persiguiéndome por toda la casa, tratando de clavarme los colmillos en la nuca. Fue muy divertido.

En el tercer día anunciaron que los contagiados llegaban a más de 10000. Yo había leído en Twitter que si uno usaba cloro, eliminaba el virus. Así que le dije a la Lucre que compráramos todo el cloro de la tienda y lo revendiéramos a alto precio. Nos reímos mucho durante toda la mañana. Después hicimos la broma del murciélago, pero este era mexicano y usaba un tapabocas hecho en casa. Terminamos haciendo el amor. Por la noche planeaba arreglar la puerta pero nos quedamos clavados viendo un maratón de películas.

En el día 10 compramos papel higiénico por montón. Lucre no entendía por qué había comprado tanto. Yo le expliqué que en Facebook habían dicho que venía un desabasto, que mejor era prepararse con productos de limpieza. También compré pasta dental, pañuelos húmedos y 15 litros de gel antibacterial. Me preguntó por qué los pañuelos húmedos. Porque estaban en oferta, respondí. Su pregunta me pareció un poco impertinente.

Desde el día 16 ya no salíamos de la casa. Recurrimos al vecino para que nos comprara los víveres, pero este no aprobó traernos cervezas y cigarros. Le reclamé su falta de solidaridad y me dejó de hablar. Era un retrograda. Tuvimos que pedir a domicilio nuestra canasta básica, que casi solo consistía en pan, queso, arroz y verduras. Funcionaba bien, pero no le tenía confianza al repartidor. Luego empezó la ley seca y eso me dejó perturbado.

El día 20 le dije a Lucrecia: —En el Facebook leí que si combinas cloro con limón y lo dejas 5 minutos disolviéndose, mata cualquier cosa. Cualquier cosa, le repetí—. Me pareció que no me estaba oyendo. Así que la hice ver un video de cómo se hacía. Luego rociamos la formula por toda la casa. Ya teníamos cubre bocas los dos y habíamos eliminado el contacto físico, por seguridad. Incluso habíamos acomodado nuestros escritorios para estar alejados entre nosotros. A tres metros y medio de distancia. Medio metro más por si acaso.

Entre el día 20 y 24 noté que ella usaba cualquier excusa para salir de la casa. Me decía que le aburrían las noticias,

que quería aire fresco, que se sentía atrapada. ¡Puras payasadas! A mí me pareció una irresponsabilidad de su parte. Peleamos bien fuerte esos días. Yo empecé a dormir en una colchoneta en otro cuarto. La estúpida me reclamaba que no hacía nada, que ni lavaba los trastes ni la ropa y hasta me echo en cara que no había reparado la puerta. Por supuesto que no la había reparado; a quién se le ocurre usar un martillo para reparar una puerta en estos momentos.

El día 25 salió a comprar tortillas y me dijo que por un momento, el cubre bocas se le había caído, pero que rápido se lo había puesto de vuelta. La quedé viendo. Le ofrecí agua y puse un poco de desinfectante alrededor del vaso. ¿Qué tan rápido?, le pregunté. Ese día discutimos con mayor intensidad. Por la noche le mencioné que quizás ya no deberíamos estar juntos. Ella no dijo nada.

El día 28 lo pasé en cama. Me sentía fatigado. Lucre hizo la comida y me cuidó muy bien. Olvidamos las peleas por un momento. Juntos estuvimos revisando Instagram y llenamos unas encuestas para saber si teníamos o no el virus. Por suerte, ambos estábamos limpios, así que esa noche dor-

mimos en el mismo cuarto. Dos días después me dispuse a usar el martillo mientras ella tomaba un baño. Desde la entrada la escuché estornudar. Casi no emitió sonido, pero no logró engañarme. Al salir le pregunté si tenía calentura. Me dijo que no, que estaba bien. Le sugerí que hiciera unos tests nuevos que me habían pasado por WhatsApp. Se negó. Le dije que la había oído estornudar, que no me mintiera. Negó haberlo hecho. Le exigí que se limpiara la cara de nuevo, tomara vitamina c con miel y extracto de jengibre y usara un nuevo cubre bocas. Accedió a hacerlo, pero suplicó que me controlara. Yo estaba calmado; se lo dije calmado, aun así ella no dejó de ver en silencio el martillo.

Esa noche dormimos en cuartos separados, por petición suya. Al despertar, seguíamos sin hablarnos. Revisé las actualizaciones en mi celular. En cuatro de mis grupos de WhatsApp estaban debatiendo sobre un posible contagio oculto. Estuve al menos tres horas revisando comentarios, videos y artículos sobre eso. No me quedó duda alguna: ya estábamos todos contagiados. Pocos lo sabían porque los gobiernos lo habían ocultado muy bien. ¡Malditos desgra-

ciados! Solo los que realmente se habían cuidado estaban sanos; ¿estaría yo sano?, ¿lo estaría Lucre? Leí que la enfermedad era asintomática y uno no podía saber si estaba o no contagiado... pero había un método secreto: «*#QuedateEnCasa no es suficiente! ¡Háganse la prueba casera! Usen bicarbonato, agua, cloruro de magnesio y limón, van a alcalinizar su sangre. Tómenselo en ayuna y si orinan anaranjado están bien, pero si orinan rojo, tienen que ir al médico inmediatamente*».

Tenía que hacerlo. Con un video de Youtube seguí paso a paso cómo preparar la formula. El tutorial tenía más de 200 mil visitas. ¿Cuántas personas estaban tomando en serio esto? Era claro que no las suficientes. La enfermedad no era el único problema, sino la gente; pocos eran capaces de sobrellevar el martirio de la cuarentena. Hay tantos clavos sueltos...

¡Anaranjado! Había pasado la prueba. Reposé mi cuerpo en la pared. Sabía que me había cuidado bien, lo sabía. Ahora venía su turno. La convoqué al patio y le demandé



que se hiciera la prueba, que solo así estaríamos seguros. Al comienzo se burló, acusándome de estar loco. Insistí en mi petición —totalmente justificada—, pero ella solo accedió hasta que la amarré en una silla, con cierta persuasión. —Tómatelo y ya, le exigí—. Preparé la formula. Le pedí amablemente que bebiera, y luego orinara en un recipiente...  
¡Rojiza!

Sin apresurarme, tomé unos guantes nuevos, los rocié con cloro y gel; hice lo mismo con el martillo. Me puse los guantes y le dije que todo estaría bien. Me preguntó qué haría con el martillo. Le dije que no era un martillo, que un martillo se usaba para clavar clavos, para arreglar puertas. Este no podía hacer eso ni yo sabía cómo hacerlo. —Y para qué lo agarraste?, me cuestionó desafinada—. Para usarlo, dije, o sea, para aprender a usarlo.

Al instante gritó con un tono que me pareció desproporcionado. Cuando terminé, ya la policía había botado la puerta principal a golpes y me estaba arrebatando el martillo de mis manos enrojecidas. Les dije que estaba bien, que

ya todo estaba limpio. Traté de explicarles lo que hice, pero no entendieron. Me temo que hay personas que no saben de higiene y otras que no sabemos de martillos.

# Índice

Crónicas ganadoras

5 CON ALGO MÁS QUE UN BRAZO ROTO

Liliana Imelda Gómez Vega

11 LA VULNERABILIDAD Y LA EXPECTATIVA

ANTE EL COVID-19:

FUTURO CON FECHA PENDIENTE

Juana Cecilia Hernández González

21 CRÓNICA DE UN ENCIERRO

SIN LÍMITE DE TIEMPO

Beatriz Montserrat Gómez Martínez

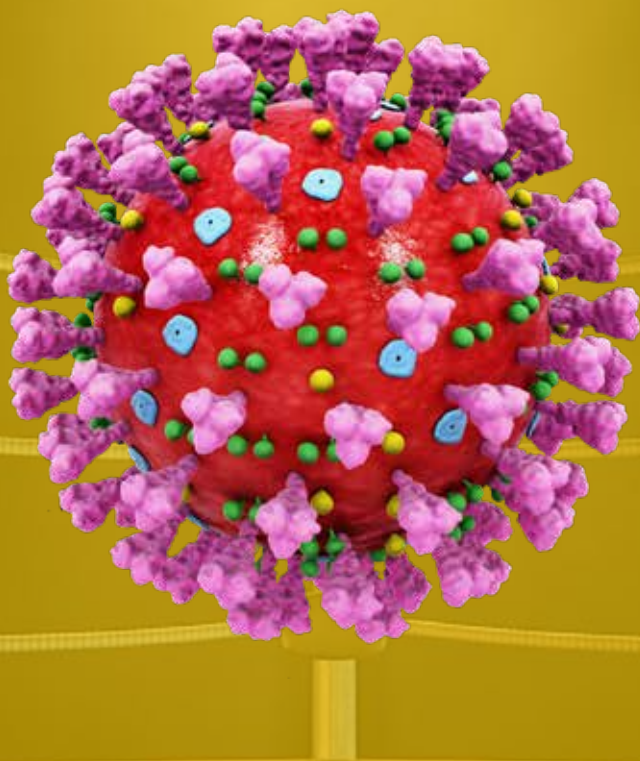
Mención honorífica

27 EL MARTILLO DE HEIDEGGER

Delázkar Rizo



# Cultura Viva en CASA



**UACM**  
Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México  
*Nada humano me es ajeno*

**Cultura**  
UACM

  
PUBLICACIONES